

## VIOLENCIA Y AGRESIVIDAD: UNA DISTINCION NECESARIA

**Frente a la violencia, enfermiza y fatal, la potencia propositiva y formada de la agresividad al servicio de la vida y del otro.**

Por José Antonio Lobo

La violencia aparece como un fenómeno universal en el espacio y en el tiempo. Está presente en las relaciones humanas y no está ausente en otros seres de la naturaleza y en algunas de sus manifestaciones. Por ejemplo, la fuerza desplegada por un ciclón o un terremoto se cobra vidas y provoca graves destrozos materiales.

Aunque aquí nos ceñamos a la violencia presente en las relaciones humanas, es evidente que su propia universalidad la convierte en un fenómeno complejo, nada sencillo a la hora de explicarlo, de razonarlo o de buscarle remedio. Tal complejidad la posee de relieve la diversidad de opiniones que sobre ella se emiten, ya sea a la hora de medir su extensión o incidencia, ya sea a la hora de emitir juicios valorativos sobre ella.

Respecto a su incidencia o a la extensión del fenómeno, unos son optimistas y otros pesimistas. Entre los primeros, algunos llegan a hablar de una escalada de pacificación, atribuyendo además esta escalada al avance del individualismo: "Cada vez más absortos en preocupaciones privadas, los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista: en sociedades que impulsan el bienestar y la realización personal, los individuos están más desusos de encontrarse consigo mismo, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos, antes que enfrentarse físicamente" (1).

Los segundos fundan su visión pesimista sobre la violencia y hablan más bien de escalada de la violencia, partiendo de una mirada más amplia sobre el fenómeno, que tiene en cuenta no sólo la violencia individual, sino también la colectiva e institucional en sus diversas manifestaciones: pobreza, marginación, armamentismo, etc.

La diversidad de opiniones no es menor a la hora de emitir un juicio de valor sobre la violencia. Unos llegan a considerarla un factor necesario del progreso; otros justificando algunas de sus formas, la consideran inevitable en ciertas situaciones; y hay todavía unos terceros que afirman sin dings: "La violencia es mala venga de donde venga".

Partiendo de esta complejidad nuestro objetivo aquí será, no describir con detalle la extensión del fenómeno en nuestra sociedad, ni emitir un juicio acerca de su legiti-

midad, pues son aspectos que se tocan en otros trabajos de este número monográfico de la revista, sino analizar un asunto previo, como es el de clarificar lo que es la violencia y cuáles son sus formas principales. Por tanto, nuestro trabajo constará de tres apartados: clarificaremos, en primer lugar, el concepto de violencia, distinguiéndolo de otra realidad muy afín, la agresividad; abordaremos, en segundo lugar, en esta diferencia exponiendo las funciones positivas que cumple la agresividad en el desarrollo de la persona; y terminaremos, finalmente, estableciendo las diversas formas de violencia a partir del conocimiento de las raíces de donde brota cada una de ellas.

## L- AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA

Ambas relaciones, la agresividad y la violencia, se refieren a las relaciones humanas, sean éstas interindividuales, intergrupales o internacionales; pero cada una de ellas expresa un estilo de comportamiento distinto, y aquí reside su diferencia. El comportamiento agresivo designa un modo de actuar constructivo y favorable al desarrollo de la persona humana; mientras que la violencia haría referencia a un modo de actuar destructivo. La agresividad sería una fuerza que favorece el "vivir"; la violencia una fuerza que invade la vida de los demás, que destruye la vida, la ajena o la propia.

Los psicólogos entienden la agresividad como algo inscrito en la naturaleza, como una pulsión que está al servicio de la vida, que impulsa a vivir. Para explicarla puede servir el símil de una sensación orgánica, como es la sensación de la sed. Cuando por efecto de la deshidratación desciende el nivel de agua del organismo, se produce un desequilibrio, una necesidad, la sed, que se transforma en una tensión, un impulso hacia la bebida, hacia la superación de la necesidad orgánica. Si no se produjera la sed y el subsiguiente impulso hacia la bebida, el individuo no bebería y como consecuencia se deshidrataría y podría morir. Un servicio parecido al que presta la sed al organismo, sería el de la agresividad para el conjunto de la vida.

Lo que el impulso de la agresividad es para la vida, quizá se pone de relieve con mayor claridad cuando éste falta, como ocurre en el caso de las personas depresivas. La anomalía que en ellas se produce es precisamente la de la pasividad, el hundimiento psíquico y, en consecuencia, la incapacidad para responder a los desafíos de la vida.

La agresividad, así entendida, expresa pues una cualidad, una dote natural consistente en la capacidad de actuar, para salir de uno mismo y avanzar hacia la propia realización o personalización venciendo todas las dificultades y obstáculos que puedan salir al paso.

La violencia, por oposición a la agresividad, consistiría más en la perversión de una dote natural, la agresividad, que en una cualidad inscrita en la naturaleza. Las razones que pueden llevar a esta perversión son diversas, y, como veremos más adelante, unas son de carácter psicológico y otras de carácter social, pero tienen en común el conducir hacia un tipo de comportamiento destructivo que no favorece el desarrollo de la vida, propia o ajena. Mientras que la agresividad pone en funcionamiento energías físicas, psíquicas o vitales al servicio del desarrollo de la vida, lo característico de la violencia, en cuanto comportamiento destructor, sería utilizar esas

energías físicas, psíquicas o vitales para destruir la vida propia o ajena, para invadir ilegítimamente la persona del otro.

En la práctica se pueden encontrar muchísimos ejemplos para poner de relieve la diferencia que existe entre la agresividad y la violencia. El niño que eleva la voz, da un golpe en la mesa o hace cualquier extravagancia para llamar la atención sobre su persona, se está sirviendo de la cualidad natural de la agresividad para la afirmación del propio ego; pero el niño, cuando pega a sus compañeros, está atentando contra sus personas, cayendo en un comportamiento violento. Tener iniciativas, realizar esfuerzos para sacar una carrera, abrirse camino en la vida o realizar la propia vocación, son manifestaciones de la necesaria y natural agresividad; pero hacerlo pisoteando las personas o derechos ajenos ya constituye un tipo de comportamiento destructivo y, por tanto, pasa a convertirse en violencia.

Diferenciar entre agresividad y violencia resulta de capital importancia para entender la actitud de la no violencia como alternativa a la violencia. Aquella no prescinde de la agresividad, en la medida en que quiere distanciarse de la mera pasividad o de la neutralidad imposible frente a los conflictos reales, pero sí de la violencia, por considerar que siempre existen métodos alternativos no violentos para la resolución de los conflictos.

## II.- FUNCIONES POSITIVAS DE LA AGRESIVIDAD

Para avanzar en la diferenciación entre el carácter constructivo de la agresividad y el destructivo de la violencia, será bueno describir las funciones que, según los psicólogos, cumple la agresividad en cuanto un componente de la naturaleza humana. Suelen señalarse las tres siguientes: favorecer la autoafirmación o el proceso de personalización; ayudar al esfuerzo solidario; y garantizar la defensa propia.

### L- Agresividad y proceso de personalización

Erich Fromm definía a la persona sana o normal como aquella "que alcanza un grado óptimo de expansión y de felicidad individuales" (2). Al proceso que lleva hasta esta meta es al que llamamos proceso de personalización. Un síntoma de avance en este proceso es la capacidad de autoafirmación y de un adecuado ejercicio de la libertad, entendida ésta en sentido positivo, como la realización del ser individual o el desarrollo pleno de sus capacidades intelectuales, emocionales y sensitivas.

La otra cara de la moneda de la personalidad normal es la personalidad neurótica, caracterizada precisamente por su débil autoafirmación. Y es esta débil autoafirmación o el miedo a la libertad lo que convierte en preclivos a la violencia a las personalidades neuróticas, pues se ven constreñidas a buscar mecanismos sustitutorios de la autoafirmación, siendo los dos principales, como veremos más adelante, la tendencia compulsiva a la sumisión y la tendencia compulsiva a la dominación.

(2) *El miedo a la libertad* (Editorial Paidós, Buenos Aires, 1957) p. 162.

... Frente a la violencia de la personalidad neurótica, la agresividad es característica de la personalidad sana. Esta ayuda a la persona normal a superar el miedo a la libertad, a afrontar los riesgos y los esfuerzos que supone el ejercicio de la libertad, y a sortear todas las dificultades que siempre salen al paso de la libertad, sean de tipo personal o social.

Por consiguiente, según los psicólogos, constituye "una ingenuidad - o, a veces, una perversión de la religión y de la política - el tratar de extinguir toda agresividad, la cual puede ser una forma del poder esencial del ser del hombre. Se removerían, junto con la agresividad, también la autoafirmación, el coraje ante la ansiedad y los obstáculos del vivir, la iniciativa creadora, el mismo poder de crecimiento, en suma: el poder ser" (3).

## 2.- Agresividad y solidaridad

El proceso de personalización, la autoafirmación y la libertad no se realizan en abstracto, sino en concreto, dentro de un contexto u horizonte en el que el contacto con el mundo y la presencia de los otros seres humanos se vuelven inevitables. Por eso son posibles tres alternativas en la realización concreta del proyecto de personalización: intentar afirmarse a sí mismo sin contar con los demás, excluyendo el contacto con el mundo; afirmarse contra los demás, negándolos o destruyéndolos; y afirmarse aceptando el mundo y la colaboración solidaria con los demás.

La primera es típica de la personalidad neurótica. El proceso de personalización, que ha de llevar a la autonomía e independencia, puede provocar, al menos en un primer momento, el aislamiento. Si no se supera esta situación, mediante el contacto con el mundo, como ocurre en el neurótico, se cae en la angustia y desde ella se pasa a los mecanismos de sustitución, la sumisión y la dominación son los principales, que están en el origen de algunas formas de violencia.

La segunda es la típica de todos los comportamientos destructivos o violentos. Obedece siempre a la perversión del componente agresivo del ser humano. Ocurre cada vez que la agresividad humana, ayudada por cualquier tipo de incitaciones que no están en el componente instintivo, se excede y va más allá de los límites de lo necesario y de lo deseable.

Pero existe una tercera alternativa, que es la propia de la personalidad normal. En ésta la angustia de la soledad, que acompaña al proceso de personalización, se supera, sin caer en mecanismos sustitutorios, y en la consiguiente pérdida de la personalidad, por otro camino: "la relación espontánea hacia los hombres y la naturaleza, relación que une al individuo con el mundo, sin privarlo de su individualidad" (4).

En esta tercera alternativa la agresividad sustituye a la violencia. Lejos de intentar suprimir o destruir a los demás, la agresividad actúa aquí como una cualidad que sirve para vencer la inercia y la resistencia que se oponen a la puesta en práctica de los esfuerzos que requiere la participación en las tareas comunes.

En una sociedad individualista, egoísta y conformista en exceso, como parece ser la nuestra, los comportamientos agresivos dirigidos a las masas y a las voluntades, para comprometerlas en la participación en tareas colectivas como la lucha por la erradicación del hambre y de la pobreza, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz, etc., aparecen como algo necesario, más que como una actitud negativa. Desde la perspectiva cristiana se ha asignado esta función de despertar las mentes y los corazones de los creyentes a los profetas. Y éstos han actuado así comenzando por los profetas del Antiguo Testamento, pasando por Jesús de Nazareth, y hasta los profetas de nuestros días. Son las voces que llaman, aunque muchas veces sea en el desierto.

## 3.- Agresividad y defensa propia

En la naturaleza cada ser tiene sus propios enemigos: el ratón al gato, y éste, a su vez, al perro. Pero todos están dotados también de un instinto de defensa y protección, que se pondrá en funcionamiento como un resorte cada vez que las circunstancias lo requieran.

Por eso, parece claro que se malinterpretan las propuestas pacifistas y las alternativas no violentas, si se quiere dar a entender que suponen la negación de este principio instintivo de defensa, tendencia que se da en el hombre de modo parecido a como se da en los animales.

Si negar la existencia de esta tendencia natural a la propia defensa, las propuestas citadas pretenden dejar claro lo siguiente. Primero, que una cosa es la agresividad y otra muy distinta el odio y el afán de venganza. La agresividad es natural y existe para garantizar el principio de la defensa. En cambio, el odio y la venganza tienen carácter cultural, son fomentados por todo tipo de intereses o razones (religiosas, políticas, raciales, etc.) y desembocan con mucha frecuencia en la violencia. Y, segundo, que la agresividad, aunque impulse a ejercer el principio de la defensa, no fuerza a llevarlo a efecto necesariamente por métodos violentos. La naturaleza humana es,afortunadamente, muy creativa, puede serlo al menos, y es capaz de arbitrar métodos alternativos de defensa: la huida, el diálogo y cualquier otro tipo de acción que, sin destruir al enemigo, le obligue a deponer su actitud hostil, le lleva a cambiar.

La agresividad, lo mismo que no se confunde con la violencia, impide caer en la pasividad y nada tiene que ver permanecer pasivos o neutrales frente a la pobreza, a la represión o a la injusticia, no en un comportamiento agresivo, pero sí en un comportamiento pasivo y una neutralidad que puede significar convivencia con la violencia estructural que produce aquellas situaciones negativas.

Este es el motivo por el que la diferenciación de estos conceptos o realidades, como las de la violencia y la agresividad, la neutralidad, el odio, la venganza, etc., sean clave para entender la propuesta de la no violencia, que tiene mucho de agresivo, pero poco de violento, a la vez que excluye la pasividad, la neutralidad, lo mismo que el odio y la sed de venganza.

(3) VV.AA.: *Por una paz más armada* (Editorial San Esteban, Salamanca 1984) p. 38.

(4) E. Fromm, *o.c.*, p. 54.

También la educación en general, y la educación religiosa y la política en particular, pueden impedir o favorecer el desencadenamiento de esas formas de violencia. Por eso resulta un contrasentido pretender edificar una convivencia pacífica fomentando la proliferación de personas sumisas, sin criterios propios, con poca personalidad. Esto equivale a crear el terreno abonado para todas las formas de autoritarismo, para la manipulación de todo género y, en consecuencia, para la violencia.

## 2.- Violencia y sociedad

Una descripción de las raíces y formas de la violencia sería incompleta, si no tuviera en cuenta aquellas manifestaciones violentas cuyo origen está más en las carencias sociales que padecen las personas, que en las carencias psíquicas, por eso el modo en que la sociedad está organizada o la medida en que la sociedad es o no es capaz de satisfacer las necesidades y aspiraciones legítimas de la gente, son también factores que inciden positiva o negativamente sobre el desencadenamiento de la violencia.

Entre las formas de violencia cuyo origen es social, unas son ejercidas individualmente, como es el caso de la **delincuencia**, otras por grupos minoritarios, siendo un ejemplo la **violencia terrorista**, y otras tienen un carácter más colectivo y están más vinculadas a raíces estructurales e institucionales.

### a) Marginación y delincuencia

Asimilamos a los comportamientos delictivos el terrorismo siempre irracional, indiscriminado, y cuyas existencias no se legitima por razones fundadas, diferenciándolo así de lo que luego llamaremos violencia revolucionaria.

Entendida la **violencia delictiva** en un sentido amplio y, sin olvidar las raíces psíquicas apuntadas, que pueden estar en la base de su desencadenamiento, es evidente que la marginación social figura entre los factores explicativos de este tipo de violencia.

Esta vinculación entre delincuencia y marginación es más clara, si cabe, en nuestra sociedad. En ella, en efecto, se dan una serie de paradojas y contradicciones cuyo desenlace es la frustración y, en última instancia, puede llegar a ser, la delincuencia. La contradicción más hiriente que se da, en el contexto de una sociedad que produce la igualdad, es el contraste entre las múltiples ofertas que de todas partes le llegan a las personas y la imposibilidad real para muchos de ver cumplidos en sus personas tales ofrecimientos.

Los bienes están a la vista, se los mastan por los ojos, pero a la vez son negados los medios para adquirirlos por vía legal. Por eso surge la tentación, apoyada por múltiples incitaciones, de adquirirlos por métodos prohibidos. Este es un camino real hacia la delincuencia.

Si hay comportamientos delictivos derivados de la marginación social, ni el clamor generalizado contra ellos, ni las medidas primitivas o policiales, serán suficientes para frenarlos. Si se las quiere poner remedio habrá que actuar fundamentalmente sobre sus causas, luchar contra las diferentes formas de marginación social.

### b) Formas de violencia colectiva

A comienzos de los años setenta D. Helder Camara, refiriéndose a este tipo o formas de violencia colectiva de base social, las agrupaba o resumía en tres: lo que el llamado violencia número uno, o **violencia institucional**, la violencia número dos, o **violencia revolucionaria**, y la violencia número tres, la **represión** (11).

Salvada la distancia del tiempo y el cambio de las circunstancias, esta descripción del obispo brasileño nos sigue pareciendo válida.

La violencia número uno, que es observable en todas partes, pero sobre todo en el llamado Tercer Mundo, se experimenta "como el pan que no se puede llevar a la boca de los hijos, como el ocio impuesto, por el desempleo, como las casas de cartón o de lata que cada lluvia nueva y torrencial desbarata y sepulta, como los cuerpos destuidos y harapientos de los niños, como la desesperación de vivir sin salud, como una losa institucional (el subrayado es nuestro) que violenta la vida y arrebatada la alegría del futuro" (12).

Dentro de esta violencia institucional encuentran cabida también la **violencia bélica** y la **carrera armamentista** que la prepara. Sobre el carácter de injusticia estructural implícito en la carrera de armamentos el Concilio se mostró contundente: "La carrera de armamentos es la plaga más grande de la humanidad y perjudica a los pobres de manera intolerable" (13).

La conexión entre estas tres formas de violencia es evidente: "La violencia número uno -escribía D. Helder- atrae la violencia número dos: la revolución de los oprimidos, o de la juventud decidida a luchar por un mundo más justo y más humano" (14).

El nuevo orden internacional vigente después de los cambios del Este, no sólo ha supuesto el liderazgo exclusivo de una de las superpotencias, sino también el freno de los procesos revolucionarios.

Sin embargo, la **violencia revolucionaria** seguirá estando ahí, al menos como una tentación, mientras subsista la violencia institucional.

El tercer momento, violencia número tres y secuela necesaria de la violencia número dos, es el de la **violencia represiva**: "cuando la violencia número dos trata de hacer frente a la violencia número uno, las autoridades se creen en la obligación de salvar el orden público o de restablecerlo, aunque haya que emplear medios fuertes" (15).

(11) Cf.: *La espiral de la violencia* (Ediciones Sigama, Salamanca, 1970)

(12) JUAN HERNANDEZ PICO: *Revolución, violencia y paz. En: Mysterium Invenitur* (Ediciones Troika, Madrid 1990) vol II, p.603

(13) *Concilio en tres vol.*

(14) *Ibid.*, p.19

(15) *Ibid.*, p.23

### III.- RAICES Y FORMAS DE VIOLENCIA

No se podrá conocer la extensión del fenómeno de la violencia, ni valorarlo adecuadamente, si no se distinguen previamente las formas diferentes que aquel puede tener. Y, dado que la violencia aparece siempre como la perversión de una cualidad natural y buena en sí misma, la de la agresividad, para llegar a descubrir las formas posibles de la violencia, habrá que conocer los motivos o razones que pueden producir aquella perversión, señalar cuáles son las raíces de la violencia.

La violencia, que no parece nacer de los genes humanos, sí puede surgir de la mente y del corazón humanos. Por eso existen formas de violencia que tienen bases psicológicas, que hunden sus raíces en el corazón o en la psicología del ser humano.

Hay, sin embargo, algunas formas o manifestaciones de violencia cuya explicación hay que buscarla más bien fuera del ser humano, en la estructura de la sociedad. Por eso, la sociedad, o el modo en que ésta se organiza, puede influir asimismo en el aumento o el descenso de la violencia, dar lugar a algunas formas de violencia o favorecer su desaparición.

#### I.- Raíces psicológicas de la violencia

La raíz psicológica de la violencia suele colocarse en el fracaso de lo que hemos llamado proceso de personalización. Y las formas de violencia más importantes, que derivan de ese fracaso, son la **violencia narcisista** y la **violencia sado-masoquista**.

##### a) La violencia narcisista

El fallo en el proceso de personalización, que opera el narcisismo obedece a una deficiente relación del yo con el mundo exterior. Según Freud, en efecto, el fenómeno del narcisismo se caracteriza por un alejamiento de la energía psíquica del mundo exterior y su centramiento en el yo: "La libido sustraída al mundo exterior ha sido aportada al yo, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de narcisismo" (5).

La **violencia narcisista** resulta así fácil de entender. Para la personalidad narcisista cualquier amenaza contra la imagen disonsonada del yo es percibida como un ataque a la propia vida, merece una respuesta contundente y un castigo no inferior a la muerte. El narcisista, según explica el propio Freud, "no conoce, para toda clase de delitos, más pena que la de la muerte; y ello con una cierta lógica, ya que todo daño inferido a nuestro omnipotente yo es, en el fondo, un crimen **lese-majesté**". (6).

La supervaloración narcisista del yo conduce fácilmente a la perversión de la agresividad convirtiéndola en formas de violencia individual. Pero, además del narcisismo individual, existe un **narcisismo colectivo**, que puede traducirse en formas de violencia narcisista de carácter colectivo. Este ocurre siempre que alguien, aunque

se tenga por insignificante individualmente, llegue a considerarse poderoso e importante en cuanto miembro de grupo, ya sea éste religioso, político, racial, etc.

La violencia narcisista colectiva tiene muchas expresiones, que van desde la violencia provocada por el nacionalismo exacerbado o el fanatismo religioso hasta la violencia racial.

La educación, entendida en sentido amplio, en la que intervienen los padres, los maestros, los curas, los profesores, los líderes políticos, etc., puede ser un agente transmisor del narcisismo colectivo. Siempre que no se educa para una universalidad capaz de integrar las diferencias, sino para el racionalismo excluyente, el sectarismo religioso o cultural, el racismo, etc., se están echando las semillas de futuras violencias.

##### b) La violencia sado-masoquista

El proceso de personalización puede llevar, al menos en un primer momento, a un sentimiento de soledad, de impotencia e insignificancia, que, si no se supera, puede provocar, a su vez, "la tendencia a abandonar la independencia del yo individual propio, para fundirse con algo o alguien, exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de lo que el yo individual carece; o, para decirlo con otras palabras, la tendencia a buscar nuevos **vínculos secundarios** como sustitutos de los primarios que se han perdido" (7).

Estos mecanismos sustitutorios de la autoafirmación son dos: el masoquismo o tendencia compulsiva a la sumisión, y el **sadismo**, o tendencia compulsiva a la dominación.

Ambos trastornos de la personalidad tienen, según E. Fromm, idéntico origen. Se trata de la necesidad de **simbiosis**, la cual define el fenómeno psicológico que "se refiere a la unión de un yo individual con otro (o cualquier otro poder exterior al propio yo), unión capaz de hacer perder a cada uno la integridad de su personalidad, haciéndose mutuamente dependientes" (8).

La violencia sado-masoquista, o la tendencia a la destructividad y a la hostilidad que estos mecanismos sustitutorios desencadenan, sería consecuencia asimismo de la necesidad de simbiosis. Estas formas de violencia acostumbran llamarse **violencias compensadoras**, pues la violencia soportada o infringida son un sustituto de la impotencia de la personalidad. En el caso del sádico ésto resulta muy claro, pues "transforma su impotencia real en la experiencia de un poder absoluto sobre otra persona viva e inerte" (9).

Por eso, el origen psíquico de ambos fenómenos puede decirse idéntico, residiendo la diferencia entre ellos en que en el sádico la hostilidad "es generalmente más consciente y se expresa en la acción de una manera más directa, mientras que en el masoquista la hostilidad es en gran parte inconsciente y busca una expresión indirecta" (10).

(7) E. Fromm, o.c., p. 165

(8) *Ibid.*, p. 181

(9) *Por una paz sin armas*, p. 48

(10) E. Fromm, p. 182

(5) Introducción al narcisismo. En *Obras Completas* (Ediciones Obra, Barcelona 1988), p. 20-28

(6) Consideraciones sobre la guerra y la muerte. En *Obras Completas*, p. 2125

Esos medios fuertes, a los que aludía D. Helder, han venido siendo aplicados en el Tercer Mundo y al amparo de la llamada política de "seguridad nacional" bajo la forma de torturas sistemáticas, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales. Tales hechos denunciados por organismos internacionales, Amnistía Internacional entre ellos, se han cobrado decenas de miles de víctimas en los últimos años. Entre las víctimas se encuentran campesinos, obreros, intelectuales, políticos, sindicalistas e incluso líderes religiosos: Mons. Romero y los jesuitas de la UCA, asesinados en El Salvador, son sólo ejemplos.

La distinción que hemos intentado hacer entre agresividad y violencia, permite no caer en la pasividad y en la neutralidad frente al mal, pero evita asimismo la tentación del odio o de la venganza. La agresividad es positiva y necesaria, las otras actitudes desembocan en la violencia, o en la violencia de la injusticia avalada por la pasividad o la neutralidad, o en la violencia destructora de los derechos ajenos, a la que siempre incitan los sentimientos de odio o de venganza.

Tales distinciones muestran, por otra parte, que es posible encontrar métodos alternativos de acción que, sin excluir la agresividad y la lucha que la violencia ordinaria reclama, no desembocan en la violencia. La no violencia no es una utopía imposible, sino un medio factible y eficaz de acción.

Finalmente, expuestas las razones y las formas de la violencia que acompaña la acción humana, quizá resulte un poco más fácil entender el fenómeno complejo de la violencia, valorarlo adecuadamente o intentar trabajar para que su incidencia en las relaciones humanas sea cada vez menor.